

de la individualidad humana. Por haber sostenido el cristianismo la personalidad, ha triunfado de la sabiduría de los antiguos, á pesar del elemento supersticioso que empaña sus creencias y que con razon debian rechazar los filósofos. La armonía de la fe y de la ciencia está reservada á un nuevo desarrollo de la civilizaci6n.

N.º 2.— *El neoplatonismo.*

I.— *Porfirio.*

Los ataques de Celso eran aislados; apénas se sabe á qué escuela pertenecia. Miéntras el cristianismo fué perseguido, los filósofos despreciaron á los cristianos; no tenian todavía conciencia del peligro con que los amenazaban aquellos oscuros sectarios. Pero cuando vieron colocada la cruz entre las insignias de los Césares, comprendieron que peligraban los destinos del mundo antiguo. Empeñóse una lucha á muerte entre el cristianismo y la escuela que resumia las tendencias de la antigüedad: el neoplatonismo.

Hay notables analogías entre el neoplatonismo y el cristianismo. La metafísica alejandrina y la teología cristiana tienen el mismo punto de partida: un Dios en tres hipostasis. El espiritua- lismo de los filósofos es tan excesivo como el de los discípulos de Cristo: «Hay en el hombre dos sustancias, dicen, el espíritu y la materia; la materia no es una condicion necesaria y eterna de la vida, sino un grádo ínfimo de la potencia divina. El mundo y el cuerpo son una prision para el alma; ésta aspira á salir de ella para reunirse con Dios; en su misma existencia terrestre busca ya esta union por medio de la contemplacion y del éxtasis.» Estas tendencias místicas se encuentran ya en Platon, aunque moderadas por el genio político de la raza griega. Cuando el ideal platónico entró en contacto con el Oriente, el ardor del misticismo no conoció ya límites. La decadencia de la sociedad antigua favoreció aquella aspiracion hácia un mundo ideal tanto en los neoplatónicos cuanto en los cristianos (1). Léase á Plotino, á Porfirio,

(1) VACHEROT, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. I, p. 112.

á Proclo, y se creará escuchar á los Padres de la Iglesia, ó mejor aún, á los solitarios de la Tebaida. Plotino se avergüenza de tener un cuerpo, apénas se alimenta, se niega á tomar medicamentos, se oculta para morir: «No solamente se debe olvidar el mundo de los sentidos, dice, y desdeñar el cuerpo, sino que se debe combatirlo y aniquilarlo» (1). «¿Es posible, exclama Porfirio, entregarse á un mismo tiempo á Dios y á la materia? Es menester abatir las pasiones físicas por medio del hambre, reducir las al silencio y volverse á encontrar de este modo libre, desprendido de la materia, y lleno, como un templo, de la presencia de Dios» (2). Proclo enseña que el alma es nuestra sustancia, que el cuerpo es su vestido y su sepulcro: léjos de necesitar de su comercio, dice, para alcanzar la perfeccion de que es capaz, lo arrastra consigo como un obstáculo y un enemigo, hasta que lo ha gastado, reducido á la nada, y destruyendo la materia, reconquista en cierto modo su propia vida (3).

El parentesco de la filosofía y del cristianismo es evidente. ¿Por qué, pues, la filosofía, en lugar de unirse á la religion, le declara una guerra á muerte? Ya lo hemos dicho: el cristianismo era incompatible con la civilizaci6n antigua, y el neoplatonismo era un último y brillante producto de aquella civilizaci6n. Representando los Alejandrinos la antigüedad y los cristianos el espíritu nuevo, la lucha era inevitable. Comenzó despues de Plotino; su discípulo Porfirio atacó al cristianismo. La obra del filósofo griego se ha perdido; pero el ódio de los cristianos demuestra que su polémica fué formidable. Treinta refutaciones no parecieron bastante al celo alarmado de los fieles; San Jerónimo se proponia todavía combatir aquel terrible adversario (4). El Padre de la Iglesia aprovecha todas las ocasiones de insultar y ultrajar á

(1) MARIN, *Vita Plotini*, § 12.

(2) PORPHYR., *epist. ad Marc.*, 11.—SIMON, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 162.

(3) PROCL., *Comment. Alcib.*, t. II, p. 35, 337.—SIMON, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 515.

(4) BRUCKER, *Hist. Crit. Phil.*, t. II, p. 255.—HIERONYM., *in epist. ad Galat.*, 1, 2 (t. IV, P. I, p. 244).

un muerto; le llama malvado y perro rabioso (1). Constantino, queriendo denigrar á Arrio y á los suyos, no encuentra injuria más sangrienta que llamarlos secuaces de Porfirio (2). Teodosio el jóven condenó al fuego la obra de Porfirio (3), y las maldiciones de la Iglesia han perseguido su memoria hasta los tiempos modernos. El cardenal Baronio llama á Porfirio *bestia indómita, apóstata feroz*; le calumnia: el objeto principal del filósofo, al dar rienda suelta á su ódio contra los cristianos, era, segun él, captarse el favor de los príncipes (4).

Cuando se examinan las opiniones de aquel *enemigo de Jesucristo* (5), admira encontrarlo tan religioso como un Padre de la Iglesia: «El mejor culto, dice, que puedes tributar á Dios es formar tu alma á su semejanza. Esta semejanza no se consigue más que por medio de la virtud, porque solamente la virtud eleva al alma hácia la patria de donde ha salido. No son los discursos del sabio lo que Dios aprecia, sino sus obras..... El mayor fruto de la piedad es honrar á la divinidad, no porque Dios tenga necesidad de nuestro culto, sino porque su santa y bienaventurada majestad nos invita á ofrecerle nuestros homenajes..... No le conmueven las lágrimas ni las súplicas; no son un honor para él las víctimas, ni la multitud de las ofrendas un ornamento: el alma bien ordenada y llena del espíritu divino es la que entra en union con Dios. En cuanto á las víctimas de la multitud insensata, no son más que el alimento para la llama. Pero tú haz de tu propio corazon el templo de Dios» (6).

¿Por qué aquella alma religiosa no produjo un discípulo de Cristo? Los Padres de la Iglesia han conservado algunos escasos rasgos de la polémica de Porfirio; son lo bastante para ilustrarnos acerca de los sentimientos que la inspiraban. Suscitó la cólera de

(1) PRAEF., *epist. ad Galat.* (t. IV, P. I, p. 223); *De Scriptor. Eccl. Prolog.* (tomo IV, P. II, p. 98).

(2) SOCRAT., *Hist. Eccl.*, I, 9.

(3) L. 3, C. J., I, 1.

(4) BARON., *Annal. ad ann.* 302, n.º 55.

(5) RUFIN. (*ap. Hieronym.*, t. IV, P. II, p. 418) llama á PORFIRIO el enemigo especial de Jesucristo.

(6) PORPHYR., *ad. Marcell.*, c. 16, 17, 19. — VACHEROT, *Hist. de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 113-115.

los cristianos, haciendo notar las contradicciones que se encuentran en las Sagradas Escrituras. Atacó la autenticidad de las profecías de Daniel. Sin dejar de reconocer las virtudes y la eminente sabiduría de Jesucristo, decia que era una locura tomar un hombre por un Dios (1).

La filosofía estaba en los umbrales del cristianismo; los neoplatónicos eran tan religiosos como los discípulos de Cristo. Sin embargo, un abismo separaba á la religion de la filosofía; el cristianismo rompía todo lazo con la humanidad anterior para unirse directamente á Dios, fundándose en una intervencion milagrosa de la divinidad. Era imposible que la filosofía aceptase la revelacion: por esto la revelacion y la tradicion mosaica en que se apoya son el motivo constante de la polémica de los filósofos. Volverémos á encontrar estos ataques en Juliano. Juliano representa todas las tendencias de la escuela de Alejandria. Por sus creencias pertenece al neoplatonismo (2). Elevado al trono, trató de hacer volver al mundo romano á la fe de lo pasado. La sociedad antigua reúne todas sus fuerzas, ciencia y poder para destruir el cristianismo. ¡Contemplemos esta lucha suprema!

II. — Juliano.

La obra de Juliano no ha llegado hasta nosotros. San Cirilo, al refutarla, nos ha conservado su esencia (3). El Padre de la Iglesia dice que no referirá todas las injurias que el apóstata ha vomitado contra Cristo, porque mancharian con sólo oirlas. Juliano niega que haya cosa alguna divina en el cristianismo: es una invencion humana que explota la inclinacion innata en los hombres hácia lo maravilloso y que se dirige á la parte ménos racional de nuestro sér para conseguir la fe (4). «¿Cómo es posible creer, dice el emperador filósofo, que la criatura dé nacimiento al Crea-

(1) SIMON, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 180. — NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 292, 293.

(2) VACHEROT, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 163.

(3) CYRILL., c. *Julian.* (En las Obras de JULIANO, ed. Spanheim).

(4) IBID., c. *Julian.*, I, p. 39.

dor? Juliano vislumbró una verdad que la crítica del siglo XIX ha puesto completamente en claro, y es que el dogma de la divinidad de Cristo no se ha formado sino sucesivamente, como se forman todas las tradiciones. Ni Lucas, ni Mateo, ni Marcos han dicho que Cristo es Dios. Juan es el primero que aventura semejante enormidad, y aún no lo hace más que de una manera indirecta: cuando habla de Dios y del Verbo no nombra ni á Jesus ni á Cristo (1). La crítica es decisiva. Para completarla, la ciencia moderna no ha tenido que hacer más que añadir la demostración de que el pretendido Evangelio de San Juan no pertenece al Apóstol y que lleva el sello evidente de la filosofía alejandrina.

«Si el cristianismo es una revelación divina, continúa Juliano, ¿cómo es que Jesucristo se ha separado de Moisés, que también está inspirado por Dios? Moisés prohíbe comer cerdo, Jesucristo lo permite. ¿Se habrá convertido el cerdo en animal rumiante desde el nacimiento de vuestro Salvador? (2). Decís que Dios ha dado una nueva ley: sin embargo, proclama por boca de Moisés que su ley es eterna y Jesucristo declara que no viene á abolir la ley antigua. Salid de este tejido de contradicciones, circuncidaos y celebrad el sábado» (3).

Juliano, aún cuando educado en el cristianismo, no lo ha comprendido; estaba demasiado empapado en las ideas del mundo antiguo para convertirse en un hombre nuevo. Sometido por completo al ascendiente de la civilización helénica, opone con orgullo la riqueza intelectual de la Grecia, *la nación de sus filósofos, de sus legisladores y de sus guerreros*, á la pobreza de los Hebreos (4). El Emperador está tan convencido de la superioridad del helenismo, que lanza un reto á los cristianos: «Escoged, dice, entre los vuestros los niños dotados de mejores disposiciones y dedicadlos exclusivamente al estudio de vuestras Santas Escrituras: si al llegar á la edad viril valen más que unos esclavos, consiento en ser considerado como loco. En nuestras escuelas, por el contrario, se

(1) CYRILL., c. *Julian.*, VIII, p. 276, E.; X, p. 327, 333.

(2) IBID., c. *Julian.*, IX, p. 314.

(3) IBID., c. *Julian.*, IX, p. 319, D.; X, p. 351.

(4) IBID., c. *Julian.*, VI, p. 184, B.

cultivan todas las facultades; los que ménos favorecidos han sido por la naturaleza se mejoran; los que tienen disposición para la virtud la desarrollan en rica variedad, unos en la ciencia y en la filosofía, otros en el gobierno y en la guerra: todos són para la sociedad como un don divino» (1). Esta crítica es más bien literaria que teológica; pero como tal tiene una verdad incontestable. Los defensores modernos del cristianismo han reclamado para éste toda especie de gloria; pretenden que la ciencia cristiana eclipsará á la ciencia de los filósofos, de la misma manera que el resplandor del sol hace palidecer á la débil luz de la luna. Siempre estamos esperando esta ciencia maravillosa y nunca llega. El cristianismo ha hecho su carrera durante la Edad Media; si no hubiera iluminado á los doctores del catolicismo un filósofo pagano, el reinado de la ciencia cristiana hubiera sido el reinado de las tinieblas.

Deslumbrado por la civilización griega, que es toda luz, toda brillo, Juliano no podía comprender las humildes virtudes de los cristianos. La santa existencia de Jesucristo le parece pobre y miserable comparada con la vida brillante de los héroes y de los filósofos. Pregunta en tono insultante á los Galileos: «¿Qué ha hecho, pues, vuestro Dios durante su vida? ¿Contais entre sus grandes acciones el hecho de curar á los ciegos y á los cojos en los pueblecillos de Bethsaida y Betania? (2). ¿Dónde están los hombres importantes á quienes ha convertido á su doctrina? Ha engañado á algunos esclavos y á algunas mujeres ignorantes» (3). La religión de los Griegos se confundía con la poesía y las artes: Homero era su teólogo, Fídias dió vida á las concepciones del poeta; las ceremonias religiosas eran sus fiestas, en las que se hacían sacrificios al placer. ¡Cuán frias debieron parecer las reuniones de los cristianos á Juliano, discípulo apasionado de la Grecia! «Han abandonado el culto de los dioses vivos para adorar un dios muerto. A este dios muerto añaden la adoración de nuevos muertos; se ar-

(1) CYRILL., c. *Julian.*, VII, p. 229 y sig.

(2) IBID., c. *Julian.*, VI, p. 191, E.; C. VII, p. 218, A. B.

(3) IBID., c. *Julian.*, VI, p. 206.

rastran sobre los sepulcros, buscan los cadáveres y se postran ante sus huesos» (1).

La doctrina cristiana tenía igualmente poco atractivo para Juliano. El cristianismo primitivo miraba con desden las especulaciones de la metafísica. Bajo la influencia del genio de la Grecia la filosofía invadió la religión; pero para poner un término á las peligrosas investigaciones de la ciencia, la teología escribió sus dogmas: *Misterios*. A juzgar por la refutación de Cirilo, no parece que Juliano se haya preocupado de la parte dogmática del cristianismo. Como genio satírico y que se fijaba más en la forma que en el fondo de las ideas, opone con orgullo las concepciones de Platon acerca de Dios y la creación á los mitos de Moises, que no comprende, ó que se complace en desfigurar: «Dios planta un jardín, ni más ni ménos que un jardinero; despues crea á Adán; pero como *no es conveniente que el hombre esté solo*, le da por compañera á Eva. ¿Para qué sirve la mujer? Engaña á su marido y es la causa de su expulsión del Paraíso» (2). La serpiente que sedujo á Eva da motivo para nuevas burlas: «¿Qué lengua hablaba? ¿La lengua de los hombres? Díganlos los Galileos en qué difieren estas fábulas de la Biblia de las fábulas de los Griegos de que tanto se burlan. Dios prohibió á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal: ¿cómo, pues, han de practicar el bien y han de abstenerse del mal? ¿La serpiente, léjos de ser el autor del mal, era, pues, el bienhechor del género humano!..... (3) ¿Qué idea dan de Dios vuestros pretendidos libros sagrados, haciéndole envidiar la ciencia que Adán acababa de adquirir! ¿Será tal vez cualidad digna del Sér Supremo la envidia del Dios de Moises, que entre los hombres es un vicio? Los filósofos dicen que debemos imitar á Dios; ¿imitarémos la cólera y el furor de nuestro Dios de venganza?» (4).

Juliano, como todos los adversarios del cristianismo, se aprovecha de la solidaridad de las dos Leyes para hacer recaer sobre los cristianos el ridículo á que se presta la interpretación literal

(1) CYRILL., c. *Julian.*, VI, p. 194, D.; X, p. 335; VI, p. 201, C. p. 201, E.

(2) IBID., c. *Julian.*, III, p. 75, A.

(3) IBID., c. *Julian.*, III, p. 89, A.; 93, D.

(4) IBID., c. *Julian.*, III, p. 93, E.; V, p. 155, C, D, y p. 171, D, E.

del Antiguo Testamento. Sin embargo, el Emperador filósofo manifiesta más simpatías hácia Moises que hácia Jesucristo. Comprende el mosaismo, porque es una religión nacional como el helenismo. Pero ¿qué son los cristianos? Ni Judíos ni Griegos (1). El cristianismo tenía la ambición de convertir al mundo entero. Hoy vemos en la universalidad uno de los caracteres de la verdad. No sucedía lo mismo con el genio griego; la unidad le repugnaba. Habiendo nacido divididos, los Helenos dividieron hasta su último día la humanidad en Griegos y Bárbaros. Lo que más les chocó en la predicación cristiana fué la pretensión de absorber en una misma fe el helenismo y los Bárbaros. Celso dice á los cristianos que se empeñan en una obra imposible: «Las variedades de las naciones provienen de una diferencia fundamental que ningun poder humano puede hacer desaparecer, y las divinidades nacionales son los autores y representantes de estas diversidades» (2). Juliano, más imbuido que Celso en el espíritu helénico, insiste en la misma objeción, desarrollándola nuevamente: «Admitimos un Creador del mundo, Padre supremo y señor de todas las cosas; pero no es El el que rige las naciones; entrega su gobierno á divinidades secundarias locales, cada una de las cuales representa un elemento de la humanidad. En el Padre todo es perfecto: las divinidades particulares son la expresión de las diversas virtudes, el valor, la destreza, la prudencia. Los pueblos cuyos destinos dirigen se distinguen por estos mismos caracteres.» Juliano cree que esta idea está confirmada por la experiencia: «Los Galos y los Germanos tienen un valor temerario. Los Griegos y los Romanos reúnen el talento político y el valor. La sagacidad y la destreza son los rasgos característicos de los Egipcios. Los Sirios son á la vez blandos y astutos, ligeros y dóciles. ¿Diréis que estas diferencias son accidentales? ¿Las atribuiréis á la casualidad? Negad entónces que hay una Providencia que rige el mundo. Si estas variedades tienen una causa, ésta debe ser Dios. Es, pues, una impiedad pensar en destruirlas. Si Dios hubiera queri-

(1) CYRILL., c. *Julian.*, IX, p. 306; IV, p. 148; X, p. 354; II, p. 43, A.

(2) CELS., ap. ORÍGEN., c. *Cels.* VIII, 72; V, 25.—Compárese el tomo III de mis *Estudios*.

do confundir todas las naciones en una gran unidad, veríamos en la Creación señales de sus designios; hubiera dado á todos los hombres la misma lengua, el mismo cuerpo, el mismo cielo, la misma tierra. Ha hecho todo lo contrario. Nuestras lenguas son diversas. Los Escitas y los Germanos difieren totalmente de los Etiopes y los Libios, así como su clima y todas las condiciones de su existencia física. Es imposible que el hombre deshaga lo que la naturaleza ha hecho. ¿Quereis la prueba? El Imperio romano comprende un gran número de naciones de genios diversos. ¿Han logrado borrar esta diversidad las leyes comunes y su larga coexistencia? ¿Dónde están los Bárbaros que se han distinguido en la filosofía y en las ciencias? La unidad religiosa es tan imposible como la unidad intelectual. La consecuencia de Juliano es que el cristianismo no se ha hecho para los Griegos, y que el helenismo es indestructible (1).

Tales son las ideas dominantes de la crítica que ha hecho de la doctrina cristiana el más grande, el más poderoso adversario del cristianismo. Se ha dicho que el ataque es débil (2). Bajo el punto de vista de los dogmas, es verdad; pero no debe buscarse en la obra de Juliano una controversia teológica. Es la expresión del genio griego; nos revela la oposición que existía entre la civilización greco-romana y el cristianismo, á pesar del incontestable parentesco de las creencias. El helenismo se había desarrollado en y por el paganismo; era una forma de la civilización, y había ya llenado su misión; debía ser sustituido por otra forma. Juliano lo creía inmortal; conociendo que era inconciliable con el cristianismo, desechó con desden la religión de Cristo. Juliano ha sido exigmatizado por la Iglesia con el nombre de apóstata. La acusación es injusta, si se atiende á que el Emperador nunca había dejado de profesar la antigua fe; su ejemplo demuestra que los hombres imbuidos en el helenismo se convertían difícilmente, ó que volvían después de su conversión á la fe de sus padres (3). La historia ha venido más tarde á excusar, ya que no á justificar la apostasía del Emperador. Fué necesario que el mundo antiguo se

(1) CYRILL, c. *Julian.*, IV, 115 y sig. 143, 131.

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos.*

(3) JULIAN., *Orat.*, p. 131.

hundiera bajo los golpes de los Bárbaros, para destruir el paganismo; pero con él pereció la civilización antigua. Y cuando en el siglo XV salieron de su tumba las letras griegas, este renacimiento sedujo de tal modo á los sabios, que se hicieron paganos, abjurando en manos de Homero y de Platon. El Renacimiento dió la mano á la Reforma; el helenismo tomó parte nuevamente en la guerra contra la religión bajo que había sucumbido. Sabido es el resultado de este segundo período de la lucha; de él salió vencedor el principio del libre exámen.

No todo era, pues, error en la oposición de Juliano; él y los filósofos neoplatónicos defienden los derechos de la razón contra la fe. A decir verdad, esta libertad de pensar es la que forma la esencia de la civilización griega, de la cual Juliano es uno de los últimos y más nobles representantes. Bajo este punto de vista el Emperador tenía razón al proclamar la inmortalidad del helenismo y su superioridad sobre el cristianismo. La religión no satisfacía la necesidad imperecedera de libertad que constituye el tormento y la gloria del espíritu humano. Lo que tenemos de libertad intelectual lo debemos á la Grecia. En su adhesión profunda á una religión nacional, el Emperador presentaba aún otro aspecto de la verdad, y es que la unidad absoluta es imposible en razón de la variedad de los caracteres nacionales. La historia dió también la razón á Juliano en este punto. Una parte del mundo cristiano, el Oriente, fué invadida por Mahoma; en el seno mismo del cristianismo estallaron disidencias y el catolicismo se rompió. ¡Cosa notable! La Grecia fué la que tomó la iniciativa de la separación. El cisma griego rasgó la túnica sin costura de Jesucristo, y este cisma durará tanto tiempo como el cristianismo. ¿Por qué rompe la unidad la Iglesia griega? La razón está en esa oposición de razas señalada por Juliano como un obstáculo para el establecimiento de una religión universal. Pero Juliano iba demasiado lejos al atribuir las diversidades nacionales á la influencia de divinidades particulares. También los individuos son diversos por su carácter y por su espíritu. Esta diversidad tiene su principio en la voluntad del Creador, lo mismo que la de las naciones. Esto no impide que las variedades se armonicen en una unidad superior, así como proceden de Aquel que es la Unidad por excelencia.